

Estado de Exilio

Cristina PERI ROSSI



El 13 de junio de 1939, el pueblo de Veracruz se dio cita masivamente en el puerto para recibir al Sinaí, que llegaba cargado de refugiados políticos españoles. Banderas republicanas, pancartas de solidaridad y pintadas de bienvenida acogían a los exiliados; entre 1937 y 1940, unos seis mil españoles desembarcaron en esa ciudad. Eran agricultores, oficinistas, mineros, empleados, profesores, albañiles. . . hombres, mujeres y niños.

Otros barcos, siempre repletos, depositaron sus contingentes de exiliados en Buenos Aires, en Montevideo, en Caracas, América Latina abrió sus puertas de par en par, sus Universidades, sus claustros, sus periódicos, sus fábricas y talleres para albergar a los perseguidos políticos. Recibieron el saludo fraterno de obreros, campesinos, artistas, estudiantes y profesionales. Rápidamente se integraron a los nuevos países, donde obtuvieron documentos, trabajo y, especialmente, la posibilidad de vivir y de expresarse libremente, de enseñar y de escribir la contrahistoria.

Treinta y cinco años después comienza el éxodo a la inversa. Argentina, Chile, Uruguay, diásporas a causa de las terribles dictaduras fascistas que padecen, arrojan a España un contingente cada día mayor de exiliados y de emigrantes. Las puertas de casi todos los puertos están cerradas, o los admiten con cuantagotas. Desembarcan de naves hacinadas, con el estigma de la persecución en el rostro.

Buscan trabajo, comida, identidad y afecto. Tienen historias terribles para contar, pero a veces no las cuentan. El silencio es una oscura acusación.

Casi nunca hay banderas en los puertos para esperarlos, a veces ni una mano se alza para saludarlos. Son cientos de miles y al descender del barco se pierden por las calles de Barcelona, en sordidas pensiones, o buscan con perseverancia una dirección que no existe. Al otro día comenzará la tenaz —y a veces oprobiosa— lucha por conseguir el sustento.

Este es el estado de exilio. Se desembarca como se nace: sin casi nada. Sólo la monótona repetición de historias de dolor, tortura y miedo, de miseria y de persecución. A veces, al poco tiempo de desembarcados, por un asunto cualquiera de papeles se les echa a

qué sucede en el país, en su ciudad, en su lugar de trabajo; acosados por la miseria y el miedo, son los exiliados internos, los que arriesgan muchas veces la vida por un poco de información, o mueren mientras intentan escribir una leyenda en la pared. De estos dos exiliados hablan los textos que siguen.

Se equivocan quienes creen que vivimos en una guerra permanente. Hay momentos de tregua, en los cuales podemos huir a bordo de naves blancas que recorren durante doce días un mar sin puertos, sin escalas, y a veces hasta podemos huir en los barcos sigilosos de los sueños. Es verdad que luego la persecución se reinicia, pero entre tanto hemos podido conocer a una mujer, o escribir una carta, ver una película o socorrer a un amigo. Aunque esto último no es aconsejable, porque de inmediato nos convertimos en sospechosos y nos vuelven a perseguir. A quienes se quejan demasiado del acecho que sufren podría hacerseles notar que nunca un encuentro con el ser amado ha sido tan intenso como cuando somos perseguidos y que jamás la lectura de un libro fue tan dramática como cuando hemos corrido el riesgo de que nos quemaran junto a él. La imposibilidad de verse sin acechanzas vuelve los amores más apasionados y la lectura de los libros más lúcida. Aunque envejecemos rápidamente y morimos en las salas de tortura, nos libramos, en cambio, del tedio que recorre las ciudades europeas.

Esta certeza inhibe a las cancillerías extranjeras de intervenir en nuestro auxilio.

Los griegos —cuyas ideas foráneas, como es sabido, contaminaron de lujuria y democracia los albores de la civilización occidental— solían considerar que el exilio, o el destierro, era uno de los castigos más severos —casi tanto como la pena de muerte— con que castigar a aquellos cuyos pensamientos disolventes hacían peligrar la seguridad de las instituciones, del Estado y del orden público.

Nuestros queridos generales, en cambio, han apreciado una de sus virtudes fundamentales: descongestionan el tránsito, equilibra el índice demográfico, disminuye la estadística de desempleados y convence a los Gobiernos de otros países de mantener buenas

Cuando por una rara casualidad un extranjero arriba a nuestras costas —qué pena de amor, qué viaje extraviado, qué desvarío del barco o del avión lo sorprendió—, ansiosamente le preguntamos acerca de nosotros. Le pedimos noticias sobre lo que nos sucede: todos intuimos que sólo más allá de las fronteras se conoce verdaderamente lo que nos ocurre cada día. Lo interrogamos angustiosamente acerca de los parientes desaparecidos, los amigos prisioneros y los libros leídos afuera. Nos contestan vagamente, es verdad, para no comprometerse demasiado, pero siempre tienen una noticia que nosotros ignoramos: algún muerto ilustre, nuevos desaparecidos, cadáveres en la frontera.

Cuando los interrogamos acerca de nuestro futuro se ponen inquietos, nos hablan de comisiones internacionales que poseen muchos documentos, pero trabajan con lentitud, de presiones de aquí y de allá, de tratados comerciales y de progresos en las conversaciones, pero dicen que no debemos perder la esperanza, que debemos mantener el optimismo. Nos ofrecen un dólar y una caja de cigarrillos importados y procuran irse lo antes posible.

Carta de mamá:

"Y desde ahora, hijo mío, cuando reces tus oraciones agrega un Credo dirigido al Presidente de los Estados Unidos, a ver si él con todo su poder puede cambiarnos al Gobierno, que ya no damos más".

Cada cual tiene su cementerio en la memoria, y coloca una flor allí, una letra allá. Porque hay que considerar que centenares han muerto sin que sus cadáveres aparecieran por ningún lado y hoy forman parte de las raíces de las plantas del lirio del mar. Los que salieron de sus casas y nunca más volvieron pueden estar emparedados o en el lecho de algún río. Los cadáveres son molestos y cuando alguno aparece, en medio de la calle, en una cuneta o en el fondo de una casa, la gente hace como que no los ve, pasa a su lado como si se tratara de un vecino que duerme la siesta o de un niño que juega. Para disimular (nunca se sabe quié puede estar mirándonos o en acecho), le hablan al cadáver, como si lo conocieran.



Cristina Peri Rossi nació en Montevideo (Uruguay) en 1941. En 1972 emigra a Barcelona, adquiriendo la nacionalidad española en 1975. Profesora de Literatura en Montevideo durante diez años, periodista del semanario Marcha, narradora y poeta, obtuvo en 1968 el primer premio de narrativa en Uruguay por el libro de cuentos Los museos abandonados (reeditado por Lumen, Barcelona, en 1974); en 1969, premio de novela en Uruguay por El libro de mis primos (hay reedición española, Plaza y Janés, 1976). En 1970 publica un libro de relatos (Indicios pánicos) en el que, a través de un lenguaje y un estilo metafóricos, pronosticaba el advenimiento del fascismo en el país, cosa que inmediatamente ocurría. Todos estos libros se encuentran prohibidos en Uruguay. En su país de origen, Cristina Peri Rossi integró la coalición de izquierda Frente Amplio, por lo cual fue perseguida y puesta fuera de la ley por la dictadura militar uruguaya. Ya en España, obtuvo en 1974 el premio de poesía de la editorial Inventarios Provisionales de Poesía por el libro Diáspora (Lumen, 1976). En 1975 publicó Descripción de un naufragio, narración en verso que cuenta alegóricamente la diáspora latinoamericana. En ese mismo año obtuvo el premio Ciudad de Palma de Poesía por el libro Exactamente como los argelinos en París, inédito. En 1976 ganó el premio Benito Pérez Galdós de relatos por el libro Ulva Lactua de próxima aparición. En 1976 publicó también su libro de relatos La tarde del dinosaurio, con prólogo de Julio Cortázar (Planeta).

1
Homenaje a Mao.
Que lo sepan todos de una vez: el exilio no puede ser jamás una retórica.

2
Y todas las noches nos reprochamos alguna falta pudo cambiar las cosas.

3
El país donde quisiéramos volver ya no existe, lo perdimos en el intento de construir el país donde queríamos vivir.

4
Cada uno vive dos vidas: la que dejó se prolonga en los gemidos de las cárceles, en las celdas de tortura, que le tocó después, como un traje nuevo en el reparto. así todos sienten que los pantalones les quedan cortos, les aprieta el cuello de la camisa y las mangas son demasiado anchas, pero está prohibido por las calles de las ciudades adoptivas.

5
Soñé que me iba lejos de aquí, el mar estaba picado, olas negras y blancas, un lobo muerto en la playa, un madero navegando, llamas doradas en altamar, ¿existió alguna vez una ciudad llamada Montevideo?

6
Hay dos clases de exiliados: los que creen que las cosas no van a cambiar nunca y los que creen que las cosas van a cambiar en seguida. Las cosas no se cuidan de lo que piensan los exiliados.

7
De país a país, el exilio es un río ciego. Vagan por las calles,

no aprendieron todavía el idioma nuevo escriben cartas que no mandan; un año les parece mucho tiempo.

8
Cuando dicen "Que pase el extranjero" a veces no me doy cuenta de que soy yo.

9
Prohibido echar exiliados al río.

10
Los exiliados se cuentan entre historias de exiliados. sí.

11
Somos pasajeros de todas las ciudades, de todos los países. Lo cual no quiere decir nada, salvo que no podré ver crecer el árbol de mi casa.

12
No volvemos ni acabamos de irnos.

13
Adaptarse es morir. Seremos siempre resistentes.

14
Conseguir casa, trabajo, comida, un papel cualquiera de identidad, precarios; los hay que se aferran a cualquier cosa —tanto es lo que perdieron— y otros no soportan la sensación de poseer algo, por temor, seguramente, a volver a perderlo.

15
El viaje de regreso lo emprendemos con la memoria.